

Instituto de Letras "Alfredo Veiravé"
Facultad de Humanidades - Universidad Nacional del Nordeste

**Actas digitales del
SEGUNDO ENCUENTRO
DE CÁTEDRAS
DE SEMIÓTICA**

2019
Resistencia, Chaco, Argentina

Compiladora
Natalia Colombo

Actas Digitales del Segundo Encuentro de Cátedras de Semiótica: Desafíos, avances y proyecciones en las configuraciones académicas e intercambios de investigación / Marcelino García ... [et al.]; compilado por Natalia Colombo; editado por Hugo Wingeyer; Camila Rinaldi; Laura Aguirre.

1a ed. compendiada. Resistencia: Universidad Nacional del Nordeste. Facultad de Humanidades, 2019.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-3619-51-9

1. Semiótica. 2. Investigación. 3. Actas de Congresos. I. García, Marcelino II. Colombo, Natalia, comp. III. Hugo, Wingeyer, ed. IV. Camila, Rinaldi, ed. V. Aguirre, Laura, ed.

CDD 401



Actas del Segundo Encuentro de Cátedras de Semiótica. “Desafíos, avances y proyecciones en las configuraciones académicas e intercambios de investigación”

Compiladora:

Natalia Colombo

Equipo Editorial:

Hugo Wingeyer

Laura Aguirre

Camila Rinaldi

Diseñadora Gráfica:

Vanina González

Instituto de Letras “Alfredo Veiravé”. Departamento de Letras. Facultad de Humanidades -Universidad Nacional del Nordeste. Av. Las Heras 727 (3500) Resistencia (Chaco) (Argentina).

Presentación

Natalia Virginia Colombo
(Instituto-Departamento de Letras-UNNE)

Los trabajos que se presentan en este Libro de Actas son los aportes que realizamos docentes-investigadores, becarios y estudiantes reunidos en el marco del **Segundo Encuentro de Cátedras de Semiótica** “Desafíos, avances y proyecciones en las configuraciones académicas e intercambios de investigación” (Res. N° 202/17, CD) y organizado de manera conjunta por las cátedras de Semiótica de las carreras de las carreras de Letras de la Facultad Nacional del Nordeste (UNNE) y de la Universidad Nacional de Misiones (UNAM).

Durante los días jueves 30 de noviembre y 1 de diciembre de 2017 se puso en marcha, nuevamente, la maquinaria de la conversación académica con la diferencia de que, esta vez, nuestra Facultad de Humanidades de la UNNE fue la anfitriona. En este espacio logramos conocernos más, poner en discusión nuestras ideas, compartir saberes, idear nuevos encuentros y sobre todo, escucharnos, con la firme finalidad de avanzar en la configuración de redes de trabajo que colaboren con el quehacer cotidiano en los campos de la docencia, la investigación y la transferencia-extensión.

Nuestras primeras aproximaciones académicas se materializaron en el Primer Encuentro de Cátedras de Semiótica: “Configuraciones académicas e intercambios de investigación”, organizado conjuntamente por las cátedras de Semiótica de las Carreras de Letras UNAM-UNNE, y realizado el 13 de noviembre de 2015 en la ciudad de Posadas, Misiones. En ese contexto, la Cartografía de Investigaciones Semióticas relevada y editada por la Asociación Argentina de Semiótica –compilada en el marco del Programa de Semiótica de la UNaM– resulta un antecedente directo de la serie de reflexiones iniciadas a partir de 2015.

Estas acciones colaborativas, intercátedras, interfacultades e interuniversidades que demostraron ser experiencias altamente enriquecedoras a nivel académico, tuvieron su corolario con el Foro de debate y discusión 5.1. “Cátedras de semiótica/lenguajes”, a

cargo del Mgter. Froilán Fernández (UnaM) y la Dra. Natalia Colombo (UNNE) en el marco del X Congreso Nacional y V Congreso Internacional de Semiótica, llevado a cabo en las sedes de la UNL (Santa Fe) y de la UNER (Paraná) los días 15 a 17 de septiembre de 2016. De este modo, se propuso ampliar la construcción de un espacio de intercambio académico a partir de la participación de las diferentes materias de Semiótica que se desarrollaran en las distintas carreras de las Universidades Nacionales del país.

El interés en la enseñanza de la Semiótica y las prácticas de investigación en este campo disciplinar constituyeron el eje de las discusiones en las diferentes Mesas temáticas de este Segundo Encuentro de Cátedras de Semiótica. Éstas fueron organizadas en función de la participación de los equipos de cátedras de Semiótica, como también, de equipos docentes de otras materias de las carreras de Letras, Comunicación Social, Arte, Diseño y Arquitectura.

En este evento se dieron cita prestigiosos semiólogos de la región quienes disertaron sobre intereses y problemáticas vinculadas con la Educación y la Semiótica. Resultaron disparadores de las discusiones posteriores las siguientes Conferencias: “La cosa, el punto, el caso la punta... Algunas líneas sobre Semiótica, enseñanza, e investigación” a cargo del Dr. Marcelino García (UNaM); “Injerencias de la semiótica”, impartida por la Dra. Ana Camblong (UNaM); “Educar desde la Semiótica” del Dr. Daniel Gastaldello (Universidad Nacional del Litoral) e “Índices identitarios, memorias y curadores. Hacia una puja distributiva cultural en el campo audiovisual” brindada por el querido Dr. Víctor Arancibia (UNSAL), en memoria de quien rendimos un pequeño homenaje con esta publicación.

Las Primeras Jornadas Argentinas de Estudiantes de Semiótica (JAES) tuvieron su espacio en la Mesa-Panel a cargo de sus fundadoras, la Dra. Ana Coviello y la Prof. Jorgelina Chaya de la Universidad Nacional de Tucumán, quienes contaron cuáles fueron las inquietudes que las llevaron a concretar esta iniciativa enfocada en las voces de los estudiantes, que fueran realizadas durante los días 20 a 22 de septiembre de 2017 en la residencia de Horco Molle (UNT) Tucumán.

Es importante destacar que parte de las repercusiones de las JAES se vieron reflejadas en el trabajo realizado por los estudiantes de Letras de la Facultad de Humanidades de la UNNE con motivo de este Segundo Encuentro de Cátedras: fueron quienes autogestionaron y coordinaron el espacio de diálogo con sus pares de otras carreras y universidades. Esto redundó en una participación contundente en la

exposición de trabajos y la asistencia a las Mesas temáticas y Conferencias propuestas. Los estudiantes se convirtieron en artífices del espacio, atendiendo siempre a un diálogo simétrico, democrático e inclusivo sin la tutoría permanente de los profesores. Esta iniciativa se vivió como un modo de transitar más autónomamente el espacio académico y de aprender con libertad.

En lo relativo al trabajo de intercambios entre las cátedras de Semiótica, interfacultades e interuniversidades, se centró en el interés de continuar con la construcción de una red de trabajo conjunto que evolucione y crezca en el tiempo, atendiendo a las asimetrías en relación con distintos centros académicos. Las cátedras que participaron activamente fueron las siguientes: por la Universidad Nacional del Nordeste (UNNE), *Semiótica y Discursos sociales contemporáneos* de las carreras de Profesor y Licenciado en Letras de la Facultad de Humanidades, a cargo de la Dra. Natalia Colombo; *Semiótica* de la Licenciatura en Artes Combinadas, Facultad de Artes, Diseño y Ciencias de la Cultura, a cargo de la Dra. Cleopatra Barrios y el Dr. Alejandro Silva Fernández. Por la Universidad Nacional de Misiones (UNaM): *Semiótica I y II* de las carreras de Profesor y Licenciado en Letras, *Semiótica* en el Profesorado de Portugués, materias a cargo del Mgter. Froilán Fernández; *Semiótica y Análisis del discurso* de la carrera de Licenciatura en Comunicación Social, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Misiones (UNaM), a cargo del Dr. Marcelino García y el Dr. Omar Silva. Por la Universidad Nacional de Tucumán (UNT), *Semiótica* de las carreras de Ciencias de la Comunicación y de Letras de la Facultad de Filosofía y Letras a cargo de la Dra. Ana Luisa Coviello y la Prof. Jorgelina Chaya. Por la Universidad Nacional del Litoral (UNL) *Semiótica general*, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, materia a cargo del Dr. Daniel Gastaldello.

Esta pluralidad de voces compartidas dejó en evidencia intereses comunes como ser el lugar de Semiótica en los Planes de Estudios de las diferentes carreras, Facultades y Universidades; los programas y las correlatividades; las experiencias en docencia, investigación y extensión a través del trabajo en Grupos de Lectura y la creación de plataformas virtuales como Semionautas de la UNL, entre muchas otras. Finalmente, confluyó en el firme compromiso con la generación de acciones conjuntas para la consolidación de la red de trabajo regional construida hasta este momento.

La narración como territorio de auto-discernimiento: un acercamiento a las escrituras del yo desde Amélie Nothomb¹

María Florencia Piacenza
(UNNE)

Toda la obra de Amélie Nothomb está fuertemente signada por la propia referencialidad que hace acerca de sí y de su vida, cuestión que salta a la vista desde las portadas de sus libros, siempre ilustradas con una fotografía de la autora. El 'yo' se instala como única realidad de sus creaciones, a los que ella denomina 'tratados': universos discursivos complejos que tejen su prosa con materiales heterogéneos, experiencias vividas, consideraciones reflexivas y estrategias propias de la ficción, narraciones que lejos de disimular su naturaleza heteróclita explicitan el código múltiple que manejan.

En *Una forma de vida*, novela publicada en el año 2012, Nothomb realiza lo que considero un movimiento narrativo muy interesante: la configuración y co-participación de un personaje que la enfrenta directamente enviándole una misiva pidiéndole que lo reconozca. Melvin Mapple se nos aparece al principio en su papel de soldado obeso, sufrido y enamorado de una mujer a la que él llama *Sherezade* y que es nada menos que su propia grasa: el peso de las supuestas muertes que se ha cobrado en la guerra). Sin embargo, el relato de Melvin se verá trastocado generando una disrupción (o *digresión*, en términos de Ricoeur) que estimula un giro en la narración.

Vamos a observar que, desde el principio, nos encontramos ante un *yo* que se nos presenta múltiple, versátil; un *yo* que, a través de la escritura, se despliega en sus diferentes versiones. Por una parte, vamos a tener el 'yo-autora-empírica' o 'sujeto-empírico' en términos de Ducrot;² es decir, Amélie Nothomb como escritora, entidad física real con una biografía, situada en un tiempo y un espacio histórico-social y con una psicología particular. Por otra parte, el 'yo-narradora' que es quien organiza y relata los hechos dentro del universo textual, utilizando la primera persona del singular. Finalmente, el 'yo-personaje' que participa en la trama, categoría que a su vez se desdobra en dos figuras: la escritora epistológrafa Amélie Nothomb y el que sería su

corresponsal principal, el enigmático Melvin Mapple, un obeso mitómano *embarrancado* frente a un monitor en la casa de sus padres en Baltimore.

La dinámica comunicativa de la novela nos lleva a interrogarnos acerca de cuáles serían las ventajas y desventajas que se plantean en ese *ir y venir* que supone la correspondencia con un ser al que descubre desproporcionalmente diferente de ella: ¿Suponen las cartas una evidencia de la existencia de un otro “real” o se trata más bien de una reafirmación del *sí*, de un “hiato”, la distancia entre la conciencia inmediata y el propio ser efectivo del sujeto-autora, una estrategia discursiva a la cual recurre Nothomb para *narrarse*? Aunque no queda claro si es el personaje quien anhela parecerse a su autora o, por el contrario, es Nothomb quien aspira a convertirse en protagonista de todas sus ficciones, percibimos que la autora que narra busca nuevas estrategias de manifestar su subjetividad en la creación artística, lo que la alejaría de la autobiografía en su formato “más tradicional”.

Podemos pensar que, en el escenario diverso y borroso que plantea contemporaneidad, el sujeto ha optado por volverse hacia el espejo y sólo encuentra sentido al narrarse a sí mismo, consciente de que en la realidad circundante le resulta imposible distinguir entre verdad y mentira. También hay quienes aseguran que el autor se ha convertido en una pieza más del engranaje literario, transformado en marca registrada de su obra y sometido a su propia imagen física, lo que lo ha abocado a supeditarse irremediabilmente a los intereses comerciales de las editoriales (Vara Ferrero, 2015, p. 6).

Incontables son los interrogantes y las posibilidades de respuesta que se abren hoy ante la pregunta de *dónde estamos en el panorama de las ‘narraciones del yo’*. Después de todo, ¿quién dice “yo”? ¿Es ese “yo” cuyo nombre comparten autor, narrador y personaje, que condiciona la representación y la recepción? ¿Por qué y para qué se constituye como eje de una narración, en su doble vertiente como persona real y personaje ficticio? En este contexto de realidades inaprehensibles, ¿podemos llegar a conocerlo en cualquiera de sus vertientes? ¿Por qué Nothomb nos dice, con astucia y un poco de ironía: “esa del relato soy y no soy yo, y ustedes pueden pensar lo que quieran”? Por último, quisiera reflexionar sobre algunas cuestiones que, de forma indirecta, se plantean con la lectura de Nothomb: ¿por qué leemos *Una forma de vida* como literatura? Es decir, como algo que pertenece al terreno de la invención. ¿Debe estar la invención (construcción: ficción) necesariamente desvinculada de la vida “real” que está por fuera del texto? La acción de narrarse a sí mismo, ¿representa un mero

recurso o estrategia textual? ¿Implica una renovación artística y ampliación genérica dentro del ámbito literario? ¿O podemos leerla como una *forma de vida*?

Entre quien firma el libro, quien narra la historia y quien la protagoniza, se establece una relación que perturba no sólo la cuestión de la representación, sino también –y, sobre todo– la recepción. Creemos, junto con Graciela Montes (2008), que existen múltiples formas de vida en la indómita frontera, un espacio caracterizado por la transgresión, la paradoja y la metamorfosis, un territorio de discernimiento que, muy lejos de conformarse con una única interpretación del mundo y de los sujetos, suscita toda clase de elucidaciones posibles.

Consideraciones teóricas. La escritura de sí: avatares contemporáneos

De un tiempo a esta parte, el terreno literario experimentó un notable incremento en materia de escrituras de vida, por nominarlas de alguna forma. La presencia de la primera persona ‘yo’ –que muchas veces se confunde con la figura del narrador e incluso se tematiza como personaje– en el universo literario es un fenómeno que genera, aún hoy, controversias a la hora de pensar las categorías posibles. Digamos que, por una convención genérica, la novela perteneció desde sus orígenes al campo de la creación textual ‘ficticia’ o autorreferencial, mientras que otros géneros discursivos –como la autobiografía o el ensayo– se acercan más al conjunto de discursos referenciales o ‘contrastables’ con el extra-texto. Esto es, como dijimos, convencional: la distancia entre ambas esferas expresivas (la *ficticia* y la *referencial*, por designarlas de alguna forma) pareció mantenerse bien perfilada en la literatura occidental hasta el asentamiento del género ensayístico –en el siglo XVI con Montaigne– y la consolidación oficial de la autobiografía como género dentro del canon literario a partir del siglo XVIII.

Es a partir del Romanticismo que otros tipos discursivos, tradicionalmente comprendidos como informativos o referenciales (en especial, las epístolas), comenzaron a ser tildados de ‘artísticos’ o ‘literarios’. Susana Arroyo,³ explica que este proceso incrementó un lento pero progresivo intercambio formal entre los géneros, lo cual provocó que las fronteras entre ficción y referencialidad fueran haciéndose cada vez más estrechas. Así, durante el siglo XX, la novela moderna fue adoptando recursos ensayísticos o biográficos y viceversa: el ensayo y las memorias (por nombrar algunos) se nutrieron de retóricas propias de la ficción, como pueden ser las imprecisiones o saltos espacio-temporales. En este sentido, la segunda mitad de la centuria, a tono con el

surgimiento de la filosofía posmoderna, trajo importantes cuestionamientos en torno a la posibilidad de que los géneros referenciales pudieran dar cuenta efectiva de la realidad, afirmándose en el principio de que una escritura basada en un punto de vista particular es tan o más sesgada como la ficción misma. Tal como lo dice Arroyo en su tesis: “Todos los géneros discursivos remiten a un imaginario en mayor o menor medida” (2011, p. 3).

Por otra parte, siguiendo una lógica de las espacialidades típica de la era contemporánea, Leonor Arfuch (2002) explica que es a partir del siglo XVIII –con *Las confesiones* de Rousseau– cuando los géneros autobiográficos comienzan a diversificarse, inmersos en la tensión entre el mundo privado y su apertura al espacio público. Esto tiene sus precedentes en el romanticismo alemán y el llamado “giro expresivista” que tuvieron como concepciones cruciales la noción de una ‘voz/pulsión interior’ como validadora de verdad. Los románticos creían que la verdad se encontraba en la naturaleza del ser, es decir, en nosotros mismos, en nuestra afectividad en términos humanos.

Esta idea pone en primer plano al *yo* del sujeto, un yo que es capaz de articularse a sí mismo por medio del lenguaje y, especialmente, a través del uso de la primera persona. Esta intensificación de las legiones profundas de la interioridad humana conduce a un subjetivismo radical: el sujeto como hondura, en términos de Charles Taylor (2006), es el sujeto con facultad expresiva. El ámbito interior es una fuente inagotable, es posible trasladarse hasta las profundidades y sacar algunas cosas a la superficie por medio de la facultad de auto-articulación del yo que nos facilita el lenguaje. La comprensión que de nosotros podamos tener es la que podemos expresar.

Así mismo, Laura Scarano (2009) analiza las diversas formas contemporáneas de articular las vivencias mediante el discurso. Del mismo modo que Arfuch, Scarano atribuye la proliferación de narraciones de vida a un cambio paradigmático que se da a nivel social cuando las incumbencias entre lo privado y lo público comienzan a relativizarse debido al avance de la mediatización, esto es: la intrusión de lo privado en lo público. La autora explica que, con el romanticismo, ambas esferas –más o menos equilibradas durante el iluminismo– se constituyen como universos opuestos, muchas veces excluyentes. Sin embargo, existe un tercer componente que une, de alguna forma, estas dos esferas de la realidad, anclándolas en el sujeto: es lo *íntimo*. Como afirma Scarano, lo íntimo (del latín *intimus*: «lo más interior»), «es un ámbito poroso que puede convertirse en privado e incluso en público, pues en él penetran ritos sociales,

pautas y modos culturales» (2009, p. 222). Un espacio alojado en las regiones más secretas (e indecibles) del *yo* que se hace carne en la narración de la vivencia, una vivencia que está unida al cuerpo y a la voz, y es precisamente el cuerpo –*ficción* culturalmente operante– el que “ordena la experiencia, determina su territorio, subjetiviza el discurso, modeliza el mundo” (Scarano, 2009, p. 217). Es así que tanto lo privado como lo público se solapan en lo íntimo, espacio simbólico que promueve la auto-narración: contarse a sí mismo la propia vida y encontrar, así, algún sentido.

Novela autobiográfica, autobiografía ficticia, ficciones noveladas, memorias, diario íntimo, crónica, autoficción, novela epistolar: son algunos de los diversos nombres en los que se catalogan a los relatos del *yo*. Tal es la heterogeneidad de las *formas biográficas* que resultar difícil encasillar, genéricamente, a unas y otras, lo que conlleva a una complejidad para definir las *a priori*.

Por ello, considero que el uso de metáforas espaciales o geográficas resulta bastante útil a la hora de pensar estas «narrativas del *yo*», como opto por nombrarlas. De manera magistral, Arfuch compendia toda la gama de formas heterogéneas que adquieren las narraciones del *yo* bajo el concepto aglutinador de «espacio biográfico» (2002). Este espacio biográfico, en términos de Arfuch, vendría a conceptualizar el modo en que, como sujetos situados, narramos nuestras vivencias y afectividades en forma de relatos para así crear la ilusión de un orden. A su vez, estas vivencias – *personales* o *propias*– no están aisladas, sino que están insertas un espacio social y están conectadas con todos los demás discursos que nos interpelan, tanto en espacios públicos como privados. La misma Nothomb hace uso constante de metáforas espaciales para explicar las dinámicas relacionales de los sujetos consigo mismos y con los demás:

Las personas son como países. Resulta maravilloso que haya tantos y que una perpetua deriva de los continentes propicie que se encuentren islas tan nuevas. Pero si esa tectónica de las placas lleva un territorio desconocido hasta tu orilla, la hostilidad aparece de inmediato. Sólo quedan dos soluciones: la guerra o la diplomacia. (2012, p. 65)

Por su parte, Irene Klein (2008) declara que las ‘narraciones de vida’ muchas veces responden a cierto tipo de “exilio interior”, recurriendo nuevamente a metáforas de movimiento. Considero que existe en la escritura de Nothomb una búsqueda incansable por *encontrar sentidos* que brota –quizás– del nomadismo que la autora experimentó desde su infancia, precedente que la obliga a buscar anclajes más o menos seguros por medio de la escritura de sí: “Ser de un determinado lugar quizá consiste en

eso: no comprender en qué consiste. Sin duda ésa es la razón por la que empecé a escribir” (2006, p. 192).

Novela vs. Autobiografía: La autoficción como pliegue

En el caleidoscópico horizonte contemporáneo, la crítica enfrenta el problema de la verdad de lo real y la verdad de la representación; ambas igual de improbables (Beatriz Sarlo, 1995). Desde que Philippe Lejeune (1975) pone sobre la mesa la cuestión autobiográfica al proponer una definición del género en *El pacto autobiográfico* y, poco tiempo después, Serge Dubrovsky (1977) amplía el debate crítico proponiendo la categoría de “autoficción”, pareciera que los delgados límites que pretenden separar ‘novela’ y ‘autobiografía’ comenzaron a relativizarse, al proponer un sujeto fragmentado que no coincide conmigo mismo.

Desde entonces, lo que denominamos “narraciones del yo” han suscitado un vivo interés desde las más diversas perspectivas. De momento, el lugar del “autor/a” se ha convertido en el centro de un movimiento literario (y editorial) basado en un fuerte auge de la escritura biográfica, escritura paradójica que combina el refugio en el espacio de la intimidad y la exhibición de las miserias más ocultas (Vara Ferrero, 2015). El problema se presenta al abordar las diversas respuestas críticas que se han formulado para tratar de explicar la enorme variedad de “narraciones del yo” que han ido aflorando desde la Modernidad hasta nuestros días.

Por un lado, están quienes entienden que toda escritura autobiográfica constituye un ejercicio de ficcionalización del ‘yo’, basándose en la idea de una imposibilidad de representar lo vivido con total exactitud, es decir, sin manipulaciones o invenciones (más propia de la creación literaria o ficcional). Frente a esta propuesta, se erige la de aquellos que rechazan la existencia de un estatuto ficcional en la escritura autobiográfica, aunque admiten que este tipo de textos puede hacer uso de procedimientos propiamente novelescos. Entonces: o toda escritura autobiográfica es, por naturaleza, ficcional; o bien, toda escritura ficcional es, por defecto, autobiográfica. La primera postura permite hacer frente a la crisis de la referencialidad del lenguaje al señalar como inequívoca la naturaleza ficcional del género autobiográfico, lo que supondría el fin de mismo, o al menos su reformulación. La segunda puede estar basada en convencionalismos del género o bien, concebir que toda forma escritural (al permanecer anclada en una consciencia creadora) es siempre, en menor o mayor grado, una escritura autobiográfica.

Por su parte, Paul de Man (1991) realiza una reflexión crítica sobre la autobiografía, cuestionando la referencialidad del género que, lejos de encarnar al sujeto real, sólo deja entrever al *sujeto como retórica*. Esta idea surge de una concepción del lenguaje como metáfora y como carencia: “es realmente no la cosa misma, sino su representación, la imagen de la cosa: *en el límite, toda escritura es autobiográfica*, ya que el lenguaje, como tropo, *produce siempre privación* (1991, p. 118). De Man postula la autobiografía no como un género sino más bien como una *forma de* textualidad basada en una figura retórica (1991, p. 113). Al mejor estilo nietzscheano, este autor se basa en una concepción perversa del lenguaje, que en su afán por “otorgar presencia a lo ausente”, enmascara y *desfigura* la realidad. Si bien es cierto que todo intento por hacer inteligible la experiencia es una forma de creación (la autobiografía es ficción cuando la observamos desde este lugar: en tanto busca crear y no *reproducir* su yo), no podemos negar los efectos de verdad que produce toda producción discursiva, en especial aquellas en las que “el nombre propio” establece lazos con el lugar del autor empírico, lo que predispone al lector a realizar una lectura intencionalmente referencial.

Laura Scarano (2011), en un análisis acerca del posible carácter autoficcional de la poesía, nos habla de la importancia del ‘nombre de autor’ dentro del universo textual, y de cómo este condiciona, en entrada, las condiciones o pastos de lectura. El autor que dice ‘yo’, o más aún, el autor que se nombra a sí mismo en el discurso se convierte en blanco de mira al generar una sensación de extrañeza en el lector de literatura que, acostumbrado a dejarse llevar por mundos y personajes ficticios que nada parecieran tener que ver con la realidad, de pronto se encuentra interpelado por esa figura ambigua que juega con un ‘imaginario autobiográfico’ y las libertades que ofrece la imaginación para reinventarse constantemente.

Scarano habla de la “constelación metatextual” de una obra que viene a completar estas vinculaciones de autor empírico y sujeto enunciado: se trata de los elementos *paratextuales* que rodean a la obra. En el caso de Nothomb, estos elementos adquieren una relevancia particular (ya mencionamos las fotografías de la autora sobre las portadas de sus novelas, así como también su nombre propio tanto fuera como dentro de la diégesis lo que establece lazos con la posición de la autora empírica). Scarano plantea la autoficción como una posibilidad de unificar las posturas encontradas dentro del debate acerca de las formas biográficas y las ficcionales. A modo de pliegue, la autoficción aparece como una categoría más flexible dentro de la cual el autor puede moverse libremente sin exigencias de historicidad.⁴

El progresivo avance y la importancia que adquieren los discursos sobre el cuerpo en la literatura actual tienen que ver con una revalorización de la subjetividad y los territorios íntimos del sujeto. Como podemos constatar, el discurso de Nothomb se apropia a menudo de lo biográfico, lo tematiza, lo deconstruye y encuentra en la literatura un lugar propicio donde se juega constantemente con esa ilusión de reconstrucción nunca verificable.

La invención como una forma de vida. Dimensión constitutiva del sujeto en el relato

En *Sí mismo como otro* (1996), Ricoeur plantea la idea de una «identidad narrativa», entendida esta como el anclaje del autoreconocimiento: una constante oscilación entre la *ipseidad* y la *mismidad*, es decir, entre el *idem* (uno mismo) y el *ipse* (el otro), que es lo que configura el movimiento propio de la identidad. Este movimiento encuentra su modelo en la narrativa, lugar donde puede expresarse el devenir de la temporalidad. La identidad narrativa se despliega así a la manera de un relato ininterrumpido, en una tensión marcada por el *llegar a ser* más que por el ser.⁵ En un texto posterior (1984) titulado *La vida: un relato en busca de narrador*, Ricoeur vuelve sobre el concepto de identidad narrativa y propone que aquello que llamamos *subjetividad* es, precisamente, el tipo de identidad que solamente la composición narrativa puede crear gracias a su dinamismo.

Con esto, Ricoeur plantea que construimos nuestra subjetividad narrativamente en la medida que necesitamos de los relatos para comprender al mundo, a los otros y a nosotros mismos en tanto que somos y existimos en un constante devenir de percepciones y eventos amorfos. Más adelante agrega algo que resulta muy interesante ya que retoma las categorías clásicas de “autor”, “narrador” y “personaje” y las equipara en un mismo acto de autoafirmación del yo mediante la narración: “es el autor mismo el que *se disfraza* de narrador y *lleva la máscara de sus múltiples personajes* y, entre todos ellos el autor es la voz narrativa principal que cuenta la historia que leemos” (1984, p. 22).

Del mismo modo, podríamos pensar que, en cada una de sus novelas-tratado, Nothomb se mete de lleno en su papel de narradora y comienza el juego de las máscaras en el que despliega sus diferentes versiones, las relaciones con el mundo y los demás. En UFV, el ida y vuelta que supone la comunicación epistolar, la alternancia entre el *idem* (Amélie Nothomb) y el *ipse* (el otro: en este caso, Melvin) se erige como la base

de la identidad o construcción del sujeto en términos ricouerianos, a la vez que esboza una teoría de las dinámicas comunicativas entre sujetos distintos:

Melvin Mapple me inspiraba respeto y simpatía, pero con él se planteaba el mismo problema que con el 100% de los seres, humanos o no: la frontera. Conoces a alguien, en persona o por carta. La primera etapa consiste en constatar la existencia del otro: puede ocurrir que se transforme en un momento de asombro...nos contemplamos el uno al otro, estupefactos, asombrados de que existe en este universo otro tan distinto y tan cercano al mismo tiempo. Existes en mayor medida por cuanto el otro constata y experimenta un estallido de entusiasmo hacia ese providencial individuo que le da réplica. A ese otro le atribuyes un nombre fabuloso: amigo, amor, camarada, anfitrión, colega, depende. Se trata de un idilio. La alternancia entre la identidad y la alteridad (“¡Es igual que yo!, “¡Es lo opuesto a mí!”) te sumerge en el estupor, en un arrobamiento infantil. (2012, p. 64)

Nothomb examina las relaciones con los otros como problemas de espacialidad, movimientos tectónicos: hay que salirse de uno mismo y ser reconocido por alguien externo para comprobar que existimos. Allí el primer quiebre: el ‘yo’ nunca se realiza de forma individual, es necesariamente dilatado en tanto adquiere dimensiones colectivas para su construcción. Esta idea tiene precedente en la base dialógica de la subjetividad del lenguaje de la que ya hemos hablado. No hay yo sin un tú, ambas figuras se complementan y se retroalimentan en ir y venir dialógico que supone la comunicación literaria, como ocurre en UFV con las misivas:

El intercambio de cartas funcionaba como una escisparidad: yo le enviaba una ínfima partícula de existencia, su lectura la duplicaba, su respuesta la multiplicaba, y así sucesivamente... Las palabras compartidas eran como un adobo para mí. Hay un placer que nada puede igualar: la ilusión de tener un sentido. Que esa significación nazca de una mentira no le quita ni pizca de voluptuosidad. (2012: p. 136)

Algo similar ocurre con la literatura: aunque muchas veces sea “pura invención”, no por eso deja de ser verdadera. Entre las diversas formas literarias que existen, la novela plantea más que ninguna una aproximación antropológica de las emociones humanas: ¿acaso existe algo más verdadero que esto? Según Ricoeur, todo relato es “una forma de vida”, es decir, experiencia temporal del sujeto mediada por los límites – de principio y fin– de otro modo indefinible de la experiencia humana.

Irene Klein (2008) discurre acerca de la importancia de la construcción de relatos para la reinención de sí, y explica que “la narración de vida comparte con el relato de ficción la posibilidad de la reinención del sujeto, esto es de irrumpir el límite – existencial– que lo define” (p. 19). En ese acto, Klein equipara –de cierto modo– la escritura autobiográfica y el relato ficcional, ya que en la medida en que el sujeto puede

convertirse en otro y escribirse como relato de vida cumple, al igual que la ficción, una función cognoscitiva. El sujeto se inventa un principio y un fin para acceder de este modo al conocimiento de sí y dar sentido a su existencia, y este recorte puede leerse como 'ficción', juego o reinención.⁶ “En ningún momento tomé la decisión de inventar. Sucedió sin que yo interviniera. Nunca se me ocurrió deslizar lo falso dentro de lo verdadero, ni disfrazar lo auténtico con apariencias de falsedad” (2015, p. 7).

Según Graciela Montes, habitar la ficción es habitar (también, construir) en el vacío (2008, p. 22). Montes explica que para Aristóteles el arte era a la vez *poesis* (es decir, construcción: “ficción”) y *mimesis* (o sea, emulación de la vida/experiencia/mundo), es decir “construcción de la experiencia”. La novela como discurso constituiría un espacio de transformaciones en el cual el sujeto prescinde de precisiones historicistas, puesto que la ficción no es algo “real”, sino algo que “se ha hecho realidad”. La ficción *ensaya* nuevas relaciones con el presente, por eso pensar la ficción como una dimensión de creación y de transformación de la experiencia que es a su vez una puesta en juego de la realidad misma. Nothomb analiza sus vivencias desde una perspectiva casi antropológica (como existencialista), nunca exenta de ironía:

Tenía que acostumbrarme a aquella idea: no tenía credibilidad. No era grave. En el fondo, me daba lo mismo que me creyeran o no. Yo seguiría inventando para mi propia fascinación. Empecé, pues, a contarme historias. Yo por lo menos, me creía lo que decía. (2001, p. 106)

Montes reniega de esa esa “necesidad de refugiarse en el referente” de la recepción y el mercado editorial. La autora dice que la excepcionalidad de literatura para jugar en los bordes requiere quitarle la protección al lector y obligarlo, una y otra vez, a aceptar los mundos conjeturales, obligarlo a habitar en el vacío (1997, p. 27). La escritura de sí como transformación obliga a edificar(nos) sobre arenas movedizas. Hay una necesidad ontológica en escribirse para ser otro, para *perder el rostro* como diría Foucault (1969): “No me pregunten quien soy, ni me pidan que permanezca invariable: es una moral de estado civil la que rige nuestra documentación. Que se nos deje en paz cuando se trata de escribir”.⁷ La invención como una forma de vida tiene que ver con esta necesidad de encontrar nuevos y mejores modos de desplegar no tanto lo que somos sino lo que *proyectamos* ser. Así, exento de pretensiones de verificación, Melvin crea una ficción que le permite sobrellevar la realidad que tanto le oprime.

Quizás Nothomb (al igual que Melvin y Sherezade) decide, a fuerza de relatos, ensanchar su existencia dando forma a sus entreveradas vivencias: “Lo que has vivido te

deja una melodía en el interior del pecho: esa es la que, a través del relato, nos esforzamos en escuchar” (2015, p. 7). Hay que atrapar, como sea, la confusa vida; Sherezade diría que cuenta para no morir, para ensanchar el tiempo; Melvin re-inventa a su grasa dotándola de un nombre y una historia para darle algún atisbo de originalidad y chispa a su monótona y banal existencial. Amélie Nothomb dice que escribe para sobrevivir a ella misma:

-Desde que empezaste a escribir, ¿qué es lo que buscas? ¿Qué codicias con un ardor sin parangón desde hace tanto tiempo? ¿Para ti, qué significa escribir? Lo sabes: si escribes cada día de tu vida como si estuvieras poseída es porque necesitas una salida de emergencia. Para ti, ser escritora significa buscar desesperadamente la puerta de salida (...). Serás liberada de tu principal problema, que eres tú misma. (2012, p. 146)

La búsqueda de la identidad supone situarnos como objetos de nuestras preguntas, pero este objeto no existe sino a través de las preguntas que somos capaces de formularnos, del mismo modo que acceder al conocimiento de la realidad que nos rodea no puede hacerse sin la mediación del lenguaje del que disponemos y de las imágenes y preguntas que somos capaces de construir (Villanueva, 2006, p. 72). Formularse preguntas sobre el mundo y sobre uno mismo es un trabajo de signos, es un problema de lenguaje. La comprensión hermenéutica de Gadamer parte de esta idea esencialista del lenguaje, según la cual “El conocimiento de nosotros mismos y del mundo implica siempre el lenguaje, el nuestro propio (...) La verdad es que estamos tan íntimamente insertos en el lenguaje como en el mundo” (1965, p. 147-8). Nothomb lo certifica: “Para mí, el lenguaje es el grado máximo de realidad” (2012, p. 142).

La ficción no representa así algo separado de la verdad de la experiencia ya que, como vimos, el modo de construirnos como sujetos dicentes en el discurso implica un cierto grado ficcionalización o recorte de dicha experiencia mediante las herramientas del lenguaje. Habría que despojar al término ‘ficción’ de su sentido más vacío de “mentira” y pensar en la ficción como una metáfora de la vida; y qué es la vida sino “un relato en busca de narrador”. Para Scarano, “literatura y experiencia se constituyen pues en instrumentos de un proceso de metaforización de la realidad que “en distintos grados siempre tienden puentes con lo real” de tal manera que “organiza esos residuos de sentido para construir una experiencia legible” (2009, p. 212). Por ende, decir literatura y vivencia es hablar de una misma cosa: la vida, traducida al lenguaje, se transforma en otra cosa. Y este efecto transformador, el sólo poner la mirada sobre el objeto/hecho

(sobre uno de sus aspectos) genera transformaciones de forma y de sentido, haciendo de la vida una experiencia estética.

Acaso el trabajo del escritor no es sino proponer una mirada personal sobre el mundo. No cualquier mirada: su mirada, una mirada propia, apropiada, siempre única en tanto no existe nadie que pueda ver lo mismo que yo veo. La mirada siempre es situada, emana de las vivencias que cada sujeto experimenta. La mirada cuenta historias, historias pequeñas, ínfimas. La mirada conforma espacios habitables, lugares de configuración de la interioridad a través del lenguaje. Una mirada que traza puentes con el otro, que se despliega como discurso del yo que adquiere múltiples y mudables formas, reinventándose a cada que tiene la posibilidad. En este sentido podemos hablar de la mirada como autobiografía, en tanto la autobiografía no es sino la indagación del yo dentro de la propia historia (Michael Spinker, 1991), y quizás Nothomb encuentra en la literatura –más específicamente, la novela– la mejor manera de otorgarle algún sentido a la existencia. De este modo, la escritura literaria se torna heurística: se escribe para comprender, para reconstruir, como expone Nothomb en *Biografía del hambre*: “No comprender algo es un fermento fenomenal para la escritura. Mis novelas daban forma a una incomprensión creciente” (2006, p. 192).

Notas

¹ Este trabajo es una adaptación del Informe Final con el que se acreditara la materia “Literatura Contemporánea en Lenguas no Hispánicas” correspondiente al 5to nivel del Profesorado y Licenciatura en Letras de la Facultad de Humanidades de la UNNE.

² García Negroni, M^a. Marta (2001) *La enunciación en la lengua. De la deixis a la polifonía*. Gredos, Barcelona, págs. 172 y ss.

³ Arroyo Redondo, Susana (2011). Tesis doctoral: *La autoficción: entre la autobiografía y el ensayo biográfico. Límites del género*. Universidad de Alcalá: Departamento de Filología. España.

⁴ No obstante, me interesa posicionarme en un lugar menos conciliador respecto de esta cuestión, tal como lo hace Graciela Montes (2006) quien propone pensar la autoficción como nada más que una categoría editorial que busca “domar” a la literatura, encerrándola en un casillero marketinero que resulte redituable al mercado, además de propiciar un lugar de mayor comodidad para el público lector.

⁵ De nuevo tenemos una clara alusión a la concepción heideggeriana del ser como devenir arrojado a la existencia en constante movimiento auto-reflexivo que sólo puede expresarse mediante el lenguaje.

⁶ Suponer que toda escritura autobiográfica representaría un ejercicio de ficcionalización del ‘yo’ induciría –además de afrontar la crisis de referencialidad del lenguaje– a repensar la ‘autoficción’ como género conciliador.

⁷ *Arqueología del saber*, 30. Citado en Lunch, Jordana, Ester (2012). “Foucault: la escritura como experiencia de transformación” En: *Lo Sguardo, Revista de filosofía*.

Referencias bibliográficas

- Nothomb, A. (2012). *Una forma de vida*. Barcelona, España: Anagrama.
- _____ (2001). *Metafísica de los tubos*. Barcelona, España: Anagrama.
- _____ (2006). *Biografía del hambre*. Barcelona, España: Anagrama.
- _____ (2009). *Ni de Eva ni de Adán*. Barcelona, España: Anagrama.
- _____ (2015). *La nostalgia feliz*. Barcelona, España: Anagrama.
- Arfuch, L. (2005). *Pensar este tiempo. Espacios, afectos, pertenencias*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- _____ (2010). *El espacio biográfico*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Arroyo Redondo, S. (2011). Tesis doctoral: *La autoficción: entre la autobiografía y el ensayo biográfico. Límites del género*. Universidad de Alcalá: Departamento de Filología. España; p. 12-29.
- De Man, P. (1992). “La autobiografía como desfiguración” En: *Anthropos: Boletín de información y documentación*, N° Extra 29, 1991 (Ejemplar dedicado a: La autobiografía y sus problemas teóricos. Estudios e investigación documental), p. 113-118.
- Ferrero, N. V. (2017). “Lecciones del yo: autobiografía, ficción y sujeto ético en Marta Sanz” en: *RECIAL: Revista del Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades, Áreas Letras*, Vol. 8, N°. 11.
- García Negroni, M. M. (2001). *La enunciación en la lengua. De la deixis a la polifonía*. Madrid, España: Gredos.
- Klein, I. (2008). “El relato de sí o la reinención de sí mismo” En: *La ficción de la memoria: la narración de historias de vida*. Colección Comunicación y crítica cultural, Buenos Aires, Argentina: Ed. Prometeo.
- Lunch, J. E. (2012). “Foucault: la escritura como experiencia de transformación” En: *Lo Sguardo, Revista de filosofía*, N. 11, 2013 (I) – Vite dai filosofi: Filosofía e Autobiografía.

- Ricoeur, P. (1966). *Sí mismo como otro*. Madrid, España: Siglo XXI Editores.
- _____ (1984). “La vida: un relato en busca de narrador” En: *Educación y política. De la historia personal a la comunión de libertades*. Buenos Aires, Argentina: Docencia.
- Scarano, L. (1997). “El sujeto autobiográfico y su diáspora. Protocolos de lectura” en: *Orbis Tertius-Revista de teoría y crítica literaria*, nro. 4, Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación; págs. 151 – 165.
- _____ (2009). “Rituales de intimidad: cuerpo, experiencia y lenguaje” en: CELEHIS – *Revista del Centro de Letras Hispanoamericanas*, nro. 20, Mar del Plata, Argentina; p. 205-228.
- _____ (2011). “Poesía y nombre de autor: Entre el imaginario autobiográfico y la autoficción” En: CELEHIS–*Revista del Centro de Letras Hispanoamericanas*. Año 20, Nro. 22, Mar del Plata, ARGENTINA; p. 219 – 239.
- Taylor, C. (1996). “El giro expresivista” En: *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*. Barcelona, España: Paidós.